





ción. El autor ha organizado su libro en forma que el lector tiene oportunidad de familiarizarse, primero, con los principios generales de la administración moderna, al mismo tiempo que se percata de la importancia de las disciplinas adicionales que debe dominar el administrador para poder desempeñarse con efectividad en el medio ambiente en que debe actuar. Luego, antes de iniciarse en el estudio de los problemas administrativos en cada uno de los cuatro continentes, da una introducción de carácter muy general ilustrada, poco a poco, con citas de obras que tratan diferentes aspectos de una cultura específica en donde se van a estudiar casos y problemas concretos. Alrededor de estos problemas se emiten diversas opiniones, se hacen planteamientos alternativos y se deja al criterio del administrador optar por la solución más apropiada dentro de las circunstancias consideradas.

La técnica didáctica utilizada en este tipo de obras es en verdad admirable y refleja una característica del profesor universitario de las modernas universidades norteamericanas: su empeño en presentar su materia en forma interesante, ilustrándola con ejemplos de la vida práctica y poniendo al alumno y al estudioso en contacto con otras disciplinas sin cuya ayuda no podrá considerarse un buen profesional, y dejando siempre margen para que el alumno rebata, argumente y discuta con el profesor respecto a la solución que podría darse al caso específico que se discute. Es la práctica de una actitud democrática llevada al aula universitaria.

Podría discutirse, en este tipo de obras, que las citas escogidas pudieron ser otras y que, en tal caso, tanto el planteamiento como la solución propuesta o propuestas serían también diferentes. Pero el autor ha tenido buen cuidado de no aparecer en pro o en contra de ninguna tendencia política. Su empeño parece haber sido el de presentar los problemas de la administración dentro de ambientes culturales distintos, tal cual aparecen en la vida práctica en diferentes culturas y ambientes diversos. Cuando comprendemos que las universidades norteamericanas y las de casi todo el mundo moderno no sólo reciben estudiantes nacionales sino también de todas las culturas, y que esos estudiantes han de regresar a sus países con ideas y con soluciones que bien podrían no ser las más aceptables en su ambiente nacional; este realismo de la consideración de casos específicos en culturas diferentes permitirá al estudiante regresar a su país y adoptar soluciones que sólo pueden ser aceptables en su propio medio. Ahí está lo científico de la administración.

GUSTAVO J. POLIT

GERALD M. MEIER, *Problems of a World Monetary Order*, Oxford University Press, Nueva York, 1974, 305 pp.

El profesor Meier de la Universidad de Stanford, California, ha escrito tres volúmenes con temas interrelacionados. El primero de ellos titulado *Problems of Trade Policy*, un segundo que reseñamos ahora, y un tercero: *Problems of Cooperation for Development*, problemas todos ellos a los que tanto otros autores norteamericanos, de Europa y de organismos internacionales vienen dedicando creciente atención en un mundo cada vez menos seguro del futuro que nos espera.

Hay una nota interesante del profesor

Meier en el prefacio de este volumen dirigida a los estudiosos de los problemas económicos internacionales, que dice literalmente así: "Del estudio de los problemas aquí descritos, deseo que ustedes comprendan que la economía se ocupa todavía de cómo lograr mejoras sociales; que los problemas económicos no se pueden resolver en un vacío político; que las apreciaciones cualitativas pueden ser tan importantes como las estimaciones cuantitativas, y que en cuanto a la formulación de una política, el principio económico formal debe generalmente dar paso en algún momento a un juicio de valor."

El libro que reseñamos constituye como pocos una historia bien documentada de acontecimientos monetarios en el plano internacional, precedidos siempre de planteamientos teóricos sobre los problemas que se han tratado de resolver en conferencias internacionales y en los documentos y convenios a que se llegó en esas reuniones.

Hay un orden didáctico en la forma de presentación de los problemas, de las soluciones propuestas y las que se aceptaron. A la terminación de cada capítulo siguen planteamientos en forma de preguntas concretas que se dejan al lector para que los conteste e interprete libremente.

Los problemas monetarios internacionales, nos recuerda el autor, son tan fascinantes como intrincados, ya que combinan una rica mezcla de técnicas económicas, repercusiones políticas y aun la psicología de símbolos y de creencias.

La forma de llegar a conclusiones decisivas en los asuntos monetarios internacionales depende tanto del arte de una diplomacia financiera internacional como de la rigurosidad del análisis económico o la cuantificación de relaciones econométricas. La experiencia monetaria internacional se ha visto influida tanto por la existencia de convenios institucionales como por negociaciones multinacionales y por fuerzas económicas impersonales.

La creación de las instituciones de Bretton Woods fue el resultado de un acto de fe. El que una importante proporción de las reservas internacionales de los países miembros se depositen en el Fondo Monetario Internacional sólo se puede explicar por la coincidencia de la hora y de los hombres. Pero Bretton Woods ha quedado atrás, un nuevo orden monetario internacional se está forjando y su establecimiento requiere nuevamente de gran destreza en la diplomacia financiera.

La experiencia monetaria internacional anterior a la segunda Guerra Mundial sirvió de marco a los proyectos de cooperación monetaria que presentaron Keynes, White y Williams, y las instituciones de Bretton Woods representan un compromiso de esas tesis.

Lo fundamental de las instituciones de Bretton Woods era el compromiso de estabilizar los tipos de cambio, de no recurrir a medidas de devaluación para ganar ventajas comerciales, de evitar políticas comerciales desastrosas ante el compromiso de liberalizar el comercio internacional y de que los países tuvieran acceso a las reservas del Fondo Monetario para hacer frente a problemas temporales de la balanza de pagos. El dólar y el oro tenían una misma función, dado que los países podían mantener sus reservas en uno o en otro, ante el compromiso del gobierno norteamericano de comprar y vender oro a 35 dólares la onza. El oro era parte del sistema, ya que parte de la reserva de los miembros se mantenía en ese metal y el oro servía para liquidar en última instancia los saldos de la balanza de

pagos y finalmente las monedas nacionales se fijaban en términos de oro y su equivalente en dólares. El dólar tenía un valor fijo en oro.

La vulnerabilidad del sistema, según algunos, estaba en que giraba alrededor del dólar, y pronto el mundo hubo de depender de la liquidez creada por los déficit de la balanza de pagos norteamericana para que el sistema tuviera suficiente liquidez.

Después de 1960 se hicieron frecuentes las variaciones en los tipos de cambio debidas a crisis monetarias. De ello se culpó a la rigidez implícita en los tipos de cambio y a la especulación que de ello resultaba cuando se descubría debilidad de una moneda frente a las demás.

Las repetidas crisis de la libra esterlina y del franco francés en los últimos años de la década del 60 dieron origen a serias dudas sobre la sobrevivencia de los acuerdos de Bretton Woods; les siguieron las crisis del marco alemán y del dólar canadiense.

En el caso de los Estados Unidos, lo que principió por una escasez de dólares a la terminación de la guerra, siguió con un exceso de esa moneda como resultado de los déficit permanentes en la balanza de pagos desde 1950 hasta 1975. Las reservas de oro de los Estados Unidos bajaron de 23 mil millones de dólares a menos de once mil millones en 1971, año en que se terminó la convertibilidad en oro del dólar norteamericano. Si bien los déficit norteamericanos sirvieron para crear liquidez internacional al sistema, también minaron la confianza en esa moneda.

Ante la necesidad de hacer frente a la sub-valuación de la moneda de países competidores que rehusaban revaluar sus monedas, y con frecuentes déficit en su balanza de pagos, la única alternativa que le quedaba a los Estados Unidos era desligar su moneda del oro, dejando que la cotización en términos de las otras monedas se fijara libremente en el mercado. Al desligar al oro del dólar el precio del metal se fijó también por las condiciones de oferta y demanda. Las monedas de todos los países se desligaron del oro y del dólar y se dejaron a las fuerzas del mercado libre, con lo cual se terminó el sistema de Bretton Woods.

Sin embargo, pese a la revaluación del yen y del marco alemán, estos países siguieron acumulando reservas, de modo que los Estados Unidos se vieron precisados a tomar medidas de carácter comercial, con la prohibición o con la limitación de importaciones, para evitar nuevos deterioros en su balanza de pagos. Dos devaluaciones del dólar norteamericano, la revaluación del yen y del marco, y medidas de carácter comercial, pusieron fin a los déficit de la balanza de pagos norteamericana.

La controversia entre economistas monetarios y entre funcionarios de bancos centrales y de ministerios de Hacienda y del Tesoro se centra ahora sobre si es más conveniente para un mejor desarrollo de la economía mundial un sistema de cambios fijos, flexibles, o flotantes.

Mientras tanto, varios grupos de instituciones nacionales, regionales e internacionales, de países desarrollados y en desarrollo, estudian la restructuración del sistema monetario internacional, cada uno de estos grupos exigiendo garantías de que tal restructuración defienda estos o aquellos intereses y garantice tales o cuales otros. Ni los economistas académicos, ni los funcionarios de bancos centrales, ni los ministros de finanzas y del tesoro logran ponerse de acuerdo sobre cuál es el sistema que pueda garantizar, al mismo tiempo, un crecimiento sin obstáculos al desarrollo de los países poco desarrollados, un crecimiento sin trabas

del comercio internacional, precios de garantía para las materias primas, estabilidad cambiaria a través de balanzas de pagos equilibradas, préstamos masivos a los países en desarrollo e inversiones privadas a pruebas de expropiación; en qué moneda se conservarán las reservas oficiales y qué papel ha de desempeñar el dólar en un nuevo sistema monetario internacional, y cómo distribuir el acceso a la liquidez entre los países altamente desarrollados y el grupo de los en desarrollo.

Estas y otras cuestiones más están esbozadas en la obra que reseñamos con citas extensas de la documentación en que se reflejan estos aspectos y estos puntos de vista conflictivos con relación al nuevo orden monetario internacional que se está gestando.

GUSTAVO J. POLIT